

La situación

Cuando terminábamos ayer nuestra correspondencia, estábamos muy lejos de suponer el escandaloso espectáculo que se estaba representando en la Cámara de Diputados, y del cual no tuvimos conocimiento hasta mucho después de haber cerrado nuestra última hora. Otra razón había, además, para que jamás hubiésemos podido imaginar lo que en el Palacio Borbon ocurría: la de que estábamos en la antevíspera del 14 de Julio, fecha ante la cual parece como que los republicanos todos debían inclinarse, ya que por ellos mismos había sido consagrada, en aras de una conciliación siquiera momentánea.

¡Ilusión, mentida ilusión todo esto! El espíritu de intransigencia, la lucha de los personalismos ha invadido hace mucho tiempo el terreno donde la fría razón y la serena conciencia debieran desplegar todas sus facultades, y de ahí sin duda la escena violenta y tumultuosa de que ayer fue teatro la Cámara y que hoy relatan todos los periódicos con las frases más vivas de tristera y de amargura.

Tratemos de dar una ligera idea de lo ocurrido resumiendo lo más importante que hallamos en la prensa de esta mañana, ya que nuestras ocupaciones no nos permitieron ser testigos presenciales del incidente parlamentario a que nos referimos.

Nadie imaginaba ayer que el general Boulanger, héroe - triste héroe por cierto - de esa jornada, asistiría a la Cámara. Pero el general y sus amigos, que deben haber venido en cierto modo entalmentados de su reciente excursión por la Bretaña, tenían ya su plan de batalla formado en este sentido, y desde las primeras horas de la sesión se les vió en los pasillos del Palacio Borbon, demostrando en su semblante que algo de importancia bullía en su cerebro. Impacientes y molestos se les veía ir y venir de una parte a otra como esperando un momento dado.

a fin de lanzarse - hubiérase dicho - a la lucha.

Efectivamente, ese momento dado no tardó en presentarse. Discutiase la proposición de M.<sup>r</sup> Laffon relativa a la supresión de las Congregaciones religiosas. Alclamada la urgencia, la Cámara votóla por una gran mayoría, y entonces fué cuando el general Boulanger, provisto de su correspondiente discurso - o lo que fuere - redactado de antemano, subió a la tribuna, provocando desde luego su presencia, marcado disgusto en los unos (en la gran mayoría de los Diputados republicanos), satisfacción inmensa en el grupo de la Derecha monárquica, única que se proponía sacar positivo provecho de la escena violentísima que iba a suscitarse.

¿Qué se proponía el general? Por muy inverosímil que parezca, dado el desenlace final del incidente, es fuerza convenir en que M.<sup>r</sup> Boulanger no pudo proponerse otra cosa que provocar un espectáculo repugnante en la Cámara para que el país se hiciera bien cargo del escandaloso cariz que presenta actualmente el sistema parlamentario y le diera unánimemente la razón cada vez que él o algunos de los suyos reclaman en sus peroratas la disolución inmediata del Parlamento.

El pretexto que sirvió al general Boulanger para sublevar los sentimientos de la Cámara, fué la presentación de una proposición invitando al gobierno a que pida la disolución al presidente de la República. No hemos de seguir paso a paso en su peroración al diputado por el Norte. Bastará decir que toda ella está compuesta y redactada en un diapason tan elevado, que la Cámara más paciente tenía forzosamente que indignarse y sublevarse. No extrañamos, pues, las innumerales y ruidosas interrupciones de que fué objeto M.<sup>r</sup> Boulanger durante la lectura de su atrevido y atrabiliario documento.

Las frases más acerbas, los conceptos más virulentos, se cruzaron de una parte a otra del hemicycle mientras el general estuvo ocupando la tribuna. Como es natural, los Diputados de la Derecha, los Paul de Cassagnac, los Duque de la Fauconnerie, se refocilaban que era un placer, y con sus exclamaciones más veces, o con sus risas, otras, gozábause en avivar el fuego de las pasiones, y aquello convirtióse bien pronto en un verdadero pandemonium donde nadie se entendía, donde todo el mundo gritaba a la vez y donde la autoridad del Presidente quedó durante más de media hora revolcándose por el suelo, sin que sirvieron a recogerla ni las continuas llamadas al orden, ni las amenazas de proceso verbal, ni las proposiciones de censura.

Esto, sin embargo, no era más que la primera parte del espectáculo; espectáculo que sobrepasó de mucho a la escena tumultuosa ocurrida en la misma Cámara cuando el general Boulanger hizo su debut parlamentario reclamando en una célebre sesión la revisión constitucional.

El espectáculo llegó a su apogeo cuando el presidente del Consejo Mr. Floquet subió a la tribuna para replicar al diputado por el Norte. El jefe del gobierno estaba realmente indignado - lo cual no nos sorprende -; así es que sus palabras fueron, más que dardos contra el general Boulanger, verdaderos látigos que arrancaban a éste y a sus amigos las más violentas exclamaciones, muchas de las cuales, afortunadamente no han podido consignarse porque eran las, más de las veces, apagadas por la gritería y por el tumulto. Mr. Floquet estuvo inimitable y hasta provocador, algunas veces, intemperante - tal vez más de lo que le correspondía como jefe del gabinete -; pero su discurso, si puede llamarse tal aquella réplica sin dilación y cortada a cada frase por las incansables interrupciones de los unos o por los aplausos de los otros, tuvo el privilegio de unir a todos los republicanos de la Cámara, excepto a los amigos del general Boulanger, en un solo apretado haz, y valió al presidente del Consejo un continuado triunfo, sobre todo cuando dijo al diputado por el Norte que mientras los republicanos de abolengo se sacrificaban por la democracia él pasaba su tiempo en las antecámaras de las sacristías...

El general Boulanger palideció más de una vez al oír los durísimos apóstrofes que le arrojaba el presidente del Consejo, y aunque procuró dominarse al subir de nuevo a la tribuna para contestar a Mr. Floquet, desde luego se vio que la indignación de que estaba poseído se imponía a su voluntad, y que la escena, que ya tocaba a su fin, tomaría un violentísimo desenlace.

Así ocurrió, en efecto: "En una amarga réplica - empero diciendo el general - que el presidente del Consejo ha empujado de hacer espiritual y que parecía escapada de la boca de un peon de colegio, mal educado...." Las interrupciones, al llegar aquí, convirtieron en una verdadera tempestad de insultos. El general, sin embargo, no había concluido. Oigámonle, y después avergoncémonos por él y por el prestigio del Parlamento:

"Ante vuestra intolerancia, contestaré muy brevemente al señor presidente del Consejo. Pídele tan solo permiso para replicar a algunas palabras que me han profundamente herido y después de las cuales le he dicho por cuatro veces: habéis impudicamente mentado...."

Pronunciadas estas palabras, prodijose en toda la Asamblea un momento de estupefaccion. Jamás la Cámara habia presenciado un incidente de tanta gravedad. Mr. Floquet vioe inmediatamente rodeado por sus amigos quienes le aconsejan que deje el asunto sin respuesta. La mayoría de los diputados se levanta de sus asientos y reclama del presidente la censura sin dilacion y sin exco-

Entonces el presidente de la Cámara dice lleno de indignacion y de sorpresa: "Creo que esta es la primera vez que la tribuna francesa oye semejantes palabras. Precisa realmente tener el desprecio absoluto de todo régimen y de toda conveniencia parlamentaria para usar parecido lenguaje; pero si place al orador el desacreditar así el sistema parlamentario, la Cámara no querrá se juramente pasar sin correctivo semejantes expresiones, ..."

El general Boulanger, sin embargo, tenia ya previsto lo que iba a suceder. Afectando entonces una gran sangre fria volvió a subir a la tribuna, y antes de que la censura de la Cámara fuese pronunciada, se apresuró a presentar en calidad de diputado, primero anunciándola en alta voz y luego entregándola escrita al presidente. Hecho lo cual, retiróse de la Cámara junto con sus amigos.

Esto es, en resumen lo sucedido ayer en el palacio del Parlamento. Las consecuencias pueden ya preverlas nuestros lectores. Enultado gravemente Mr. Floquet en presencia de toda la Cámara, envió inmediatamente al general Boulanger sus testigos, y a última hora de la noche quedó con certado un duelo, a espada, el cual debe haber tenido lugar esta mañana a las diez, y de cuyo desenlace daremos cuenta a nuestros lectores en la última hora.

### Última hora

El Desafío. - Al salir de nuestra redaccion para dirigirnos a la plaza del Carrousel, donde ha tenido lugar con gran brillantez y entusiasmo la inauguracion del monumento a Gambetta, los periódicos de la tarde - casi todos boulangistas - empezaban a circular. No acercamos a un vendedor, compramos La France, periódico por lo comun enterado, y la primera noticia que salta a nuestros ojos es la que se refiere al resultado del duelo que esta mañana se ha verificado entre Mr. Floquet, presidente del Gabinete, y el general Boulanger. - El desafío ha tenido lugar a espada de combate. A la primera embestida, Mr. Floquet ha recibido algunos ligeros rasguños. Renovada la lucha, por cierto con mucho encarnizamiento (tal dicen los testigos) el general Boulanger ha sido alcanzado en el cuello, donde ha recibido una herida bastante profunda.

He aquí el boletín médico publicado al ir a cerrar nuestra correspondencia: "Herida profunda de la region derecha del cuello. Dificultad en la respiracion. Pronóstico reservado"

Nota: Con motivo de ser mañana en Francia fiesta nacional, no publicaremos nuestra hoja. - (E. A.)